

La novia de Columbiano

Le han puesto galas de novia,
nupciales palmas y ramos
y es entre las blancas flores
como una rosa de Mayo
sedeña y resplandeciente
la novia de Columbiano.

Más ¡ay! No son esas galas
símbolo de epitalamio,
que aunque descansó su cuerpo
sobre cojines de raso
no lo iluminan auroras
sino cirios funerarios.

Parece que está dormida,
parece que está soñando;
pero ni duerme ni sueña.
Ya sus grandes ojos plácidos
no verán la luz del día
ni florecerá en sus labios
la sonrisa luminosa
que era juvenil encanto.

Llegó invisible La Pálida,
no se sabe si del llano
de Holguera, desde Monfragüe
o los riberos del Tajo
y sin piedad del hechizo
de sus veinticuatro años,
ni de aquellas esperanzas
divinas de amor humano,
ni de aquellas ilusiones
en que ella cifraba tanto,
paralizó su sencillo
corazón enamorado;
el corazón que latía
solo por tí, Columbiano.

Dolor de la triste madre,
noche de duelo y quebranto.
El Pájaro de la Muerte
dicen se escuchó en el atrio.

En la hondura del silencio
se quiebran suspiros lánguidos
que en el vuelo de las horas
prenden sollozos amargos
y al resplandor de los cirios
fulguran perlas de llanto.

El día que nace luego
llega por nubes velado.
De la angustia en el ahogo
está el recuerdo vibrando
y el tic-tac de los segundos
semeja los martillazos
con que clavó el carpintero
el lindo féretro blanco.

¡Qué bella la dulce novia!
¡Qué pena estarla mirando

inerte, como una flor
desprendida de su tallo!
¡Cómo olvidar esa tarde
sombria en que la llevamos
desde su lecho de virgen
al nicho del camposanto!

Las dos cigüeñas inmóviles
que había en el campanario
eran una interrogante
dolorosa puesta en alto:
¿Por qué, Señor, consentiste
su azaroso fin temprano
cuando le estaba el Amor
vida y dulzura brindando?

¡Ay! ¡Ya se fué! Recios mozos
en sus hombros la llevaron
con las cintas de la caja
presas por pulidas manos.
Cien doncellas afligidas
iban siguiendo sus pasos
y cien piadosas mujeres
iban por ella llorando.

El pueblo todo seguía
a los dolientes hermanos
y entrecortados suspiros
había en todos los labios.

En el fúnebre cortejo
te ví pasar, Columbiano,
y me acongojó la pena
de tus anhelos truncados.
Amor que fué sol de vida
en tu corazón hidalgo.

Casita que tú soñabas
en que ella hubiera reinado,
hogar que alzara el cariño
y engrandeciese el trabajo.

¡Que dolor! ¡Eso tan grande,
tan ingenuo, tan sagrado,
quedó encerrado en un nicho
estrecho del camposanto!

Bien se que la herida es honda.
Yo te comprendo, muchacho:
En almas como la tuya
duelen mucho esos fracasos.
Pero a remediar tus males
vendrá el tiempo con su bálsamo.
Otro amor digno de tí
surgirá tarde o temprano...

Y cuando otra amada bella
pregunte por tu pasado
dile que no tenga celos,
que el otro amor no fué humano,
que la novia que perdiste
fué un angel que iba de paso.

JUAN DEL ARROYO

EL MADRIGAL DE LOS BESOS

TU VOZ

En la suave seda de tu linda mano
quisieron mis labios desgranar un beso,
mas huyó asustada con un soberano
gesto de pudores a mi amante exceso.

Sintió el beso, entonces, un anhelo ardiente,
un voraz deseo, un ansia muy loca,
de volar al terso nardo de tu frente
y al querer tú huirlo, se estrelló en tu boca.

Ante aquel amante, pasional fracaso,
se entreabrió el estuche de carmín y raso
donde en perlas tienes tesoro escondido.

Y al gustar del beso las sabrosas mieles,
a otros hermanitos que acudieron fieles
les prestó tu boca su calor de nido.

MANUEL MONTERREY.

Gris y turbia es tu voz, en mi costado
evangelista de mi amor sin cena
esa voz de tu sombra, nuevamente
en un eco de siglos y de tierra.

Es de sangre tu voz, en mis entrañas
cauce abierto, tu voz, oscura niebla,
remontando su vuelo progresivo
forjando en cada nube llanto y piedra.

Y ese molde de fuego en que me hicistes
y ese aliento de hielo en que me llevas
roncos tonos que de tu voz brotaron
evangelista de mi amor sin cena.

LUIS ROJAS MORALES.

RETABLO LUGAREÑO

CANCION DE LUNA

EL HIJO DE LA VIUDA

*A José Canal, como humilde muestra
de nuestra gran amistad.*

Vencejos de vuelo en alto
ruedo la torre circundan:
corona de pios-pios
en ecos de infantil bulla.

Con la carga de taramas
renquea la vieja burra,
y aguijada por el chico
deprisa la plaza cruzan.

Entre los niños que juegan
—«¡A la una, anda la mula!»—
queda mustia la mirada
del hijo de la viuda.

.....
Vencejos en ruedo negro
la torre, al vuelo, circundan.

FERNANDO BRAVO.

En el lienzo de la noche
está pintada de plata
la bella perla nocturna
que resplandece muy pálida.

La luna tiene un espejo,
la superficie del agua
de un estanque de cristal
la refleja en noches claras.

El viento pasa silbando,
mueve las tranquilas aguas
en el estanque, y ha roto
la imagen que dormitaba.

La luna en el cielo llora,
caen cristalinas sus lágrimas
en el agua donde yace
rota efigie de su cara.

PEDRO M. RODRIGUEZ.